judios el dueño de aquella morada, que debió ser algun noble venido á menos.

Venecia agradó desde luego á Lazarine.

Pasaba gran parte del dia recorriendo en la góndola el sin número de canales que forman la ciudad.

Contemplaba con deleite la plaza de San Márcos, la *Piazetta*, el puente de los *Suspiros* y el palacio de los Dux.

Asistia con frecuencia al teatro con Roberto y Renée.

El marqués no tenia muchos conocimientos en Venecia; así es que Lazarine principió á encontrar al poco tiempo algo monótona la existencia en esta ciudad, y sin duda alguna pensaria en un nuevo viaje cuando se les ofreció un entretenimiento inesperado.

El marqués de la Tour du Roy, á quien Lazarine no habia querido acompañar cierto dia á dar un paseo, volvió de él un tanto preocupado, y entró con aire distraido en un inmenso salon donde se encontraban las dos hermanas.

Renée tocaba con descuido en un desafinado piano un lánguido vals.

La marquesa, sentada junto á una ventana abierta, bostezaba al compas de la música.

Roberto no podia ocultar la emocion que se pintaba en su rostro, hasta tal punto que Lazarine hubo de interrogarle diciendo:

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

—¿Qué teneis, amigo mio?

—He tenido un encuentro que me ha impresionado.

—¡Un encuentro!

—Mi góndola se ha cruzado de repente en el ángulo del Canal de Orfano con otra cuyo remero la llevaba á gran velocidad. Un caballero que en ella iba me ha saludado al pasar, y yo he creido reconocerle.

—¿Y quien era?

—El héroe de aquella terrible historia.... el conde de Gordes.

Renée abandonó el piano, y exclamó:

—¡El conde de Gordes! Ese nombre es del Loiret.

—Cierto. El propietario del castillo de Gordes, situado á igual distancia de Hojas-Verdes y de la Tour du Roy.

—Vos le habeis querido reconocer—replicó Lazarine,—¿pero no estais seguro?

—No del todo.

—¿Tan cambiado está el señor de Gordes?

—Sí, porque se ha dejado la barba, que le desfigura mucho y me hace dudar.

—Habeis debido seguirle.

—Esa fué mi idea. Pero habia doblado ya el ángulo del canal.... Varias góndolas se interpusieron á mi paso durante algunos segun-

dos, y entre tanto desapareció la del señor de Gordes.

—¡Qué contrariedad! No sabeis cuanto deseo saber todo lo que se relaciona con esa novela.

Renée se habia apoyado en el respaldo de un antiguo sillon de ébano tallado.

—¡Un héroe de novela!—exclamó.—¿Qué historia es esa Roberto? Tengo deseo de conocerla.

—Lazarina la sabe—contestó el aludido,—y os la podrá contar.

—Vos la sabeis mejor que yo—objetó Lazarine,—y por lo mismo os toca á vos complacer á Renée.

—¿La repeticion del cuento no os aburrirá?

—De ningun modo. Contadlo.

Roberto de la Tour du Roy refirió con todos sus detalles la historia que ya conocen nuestros lectores.

—Terrible historia en efecto—murmuró Renée cuando el marqués hubo terminado su relato,—pero es preciso á todo trance conocer el decenlace. ¿Julia sigue loca? ¿Raoul de Gordes se ha casado con la viuda del baron de Braines?

—Solo él podria sacarnos de duda.

—Informaos—dijo Lazarine—de si efectivamente se encuentra en Venecia, y por consecuencia de si es Gordes el caballero de la góndola.

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

—Yo lo procuraré, pero ha de ser difícil. ¿Como adquirir noticias de un caballero perdido entre la multitud, y que sin duda ha de hacer una vida muy retirada? Sin embargo, mañana mismo iré al consulado de Francia.

Pero no hubo necesidad.

A eso de las diez de la mañana del siguiente dia, cuando el marqués acababa de aviarse, entró su ayuda cámara y le entregó una tatjeta de luto con timbre, en la cual se leian el nombre de Raoul de Gordes, y debajo estas palabras escritas con lápiz: "tendrá sumo gusto en estrechar la mano del marqués de la Tour du Roy."

Dos minutos despues, el vecino de campo del marqués entraba en un magnífico salon abovedado, cuyas paredes ostentaban preciosos frescos de Tiépolo.

Conmovido el señor de la Tour du Roy, abrió cariñosamente sus brazos al recien llegado, que se precipitó en ellos con efusion.

—¡Mi querido amigo—exclamó el conde,—si supiérais cuanto os agradezco este afectuoso recibimiento!

—Lo debíais suponer—dijo Roberto,—conociendo la buena amistad que os he profesado siempre.

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

Y al decir esto, el marqués miraba con curiosidad á Raoul.

Nuestros lectores deben recordar que, hablando del jóven con Lazarine tiempos atrás, el marqués habia descrito la figura del señor Gordes con palabras excesivamente halagüeñas.

Y el marqués encontraba á Raoul muy cambiado.

La barba daba distinta expresion á su fisonomía.

Su mirada, siempre alegre, tenia cierto carácter de profunda melancolía.

Su sonrisa era forzada.

Una arruga surcaba su frente, en otro tiempo tersa como el mármol.

El conde de Gordes, que tenia veintiocho años, representaba en los actuales momentos mas edad.

Vestía de negro.

—¿Me reconocísteis ayer?—preguntó al apercibirse de que el marqués le examinaba con extrañeza.

—Si tal, pero vuestra barba me desconcertaba.

—Ignoraba que estuviéseis en Venecia—dijo el conde de Gordes.—Pero despues de nuestro casual encuentro, me he informado fácilmente, porque vuestro título no puede pasar desapercibidamente en ninguna parte. Tenia vivos

deseos de daros un abrazo, y aquí me teneis.

—Bien venido seais—exclamó el marqués de la Tour du Roy, estrechando la mano del jóven.

Luego añadió:

—¿Por quién llevais luto?

—Por mi juventud y por mi amor—respondió tristemente.—He quedado solo en el mundo. Julia ha muerto.

XXXVII

Hubo un momento de silencio.

Raoul de Gordes, con la cabeza inclinada sobre el pecho, se entregaba á un dolor evidentemente sincero y profundo.

—¿Podremos hablar de esa pobre mujer sin renovar vuestra herida?—se atrevió á preguntar el señor de la Tour du Roy.

—No hay inconveniente—murmuró el conde.—Es para mí un consuelo hablar de ella con vos, que la habeis conocido.

—¿Cuando murió?

—Hace seis meses.

—¿En Venecia?

—Nó, en Florencia.

—¿Habia recobrado la razon?

—Sí. La locura pasajera producida por la